

EXAMEN DE LA NOVELA
COLOMBIANA CONTEMPORANEA

Por IVAN PIEDRAHITA

(Conferencia leída en la Feria del Libro)

Permítaseme que en esta conversación vespertina consagrada al examen de la novela colombiana contemporánea, según se ha anunciado y convenido, abordemos también, y como elementales e insalvables prolegómenos, el estudio de fenómenos y hechos del espíritu bien uncidos al destino del intelectual de nuestro tiempo. Es posible que aparentemente sean fenómenos o hechos colaterales, pero su hondo y medular significado, su apretada relación y parentesco con el tema central que hoy nos congrega, les confieren marcada importancia substancial, y de ninguna manera nos apartan del objetivo predeterminado de este escrutinio.

El destino o la función actual del escritor. El oficio de escritor. — El lenguaje literario. — El escritor y su compromiso. — Son estos enunciados, variaciones o aristas de un solo prisma: la vida del espíritu en la encrucijada de nuestro tiempo, oh, servidumbre y gloria de las letras!

El destino y la función actual del escritor

El destino y la función actual del escritor son y tienen que ser los mismos de siempre: la creación de la cultura, la interpretación de la vida social y, principalmente, la defensa de la libertad. La libertad es el clima del escritor como el trópico es el clima de las palmeras, digamos parafraseando a Ortega y Gasset. Y el escritor tiene que defender su propia libertad y la de su audiencia, vale decir, la de su mundo. Si no, cómo puede darse la cultura, cómo irradiar, cómo penetrar todas las capas sociales, cómo democratizarse, cómo iluminar el oscuro barro de la persona humana. La libertad es eminentemente la

grande arma contra la ignorancia, y el escritor su indeficiente portador. Y el escritor ha sido siempre esto: el gran iluminador contra la tiniebla de la ignorancia. Unas veces con el apoyo y la admiración de su pueblo y los gobiernos; otras, en su adversa fortuna, contra todos los poderes del estado, de la riqueza y de la misma ignorancia confabulados y coaligados; ya, sometido a la indiferencia de su ambiente existencial, marginizado como un inútil o como un ser frustrado y anacrónico.

Pero pensemos hoy en su misión y en su destino, hoy cuando son más ásperas y más tremendas sus condiciones de vida frente a los grandes fenómenos del siglo 20: la gran industrialización, el enorme crecimiento del poder de la técnica y el estado. Su destino, su misión no puede ser otro —y si asume otro se traiciona— que la defensa de la cultura, que consiste en hacerla vigente, en llamarla a ser presencia en la vida del hombre, a que salga de sus nichos intemporales de mármol frío y extático, y sirva las necesidades espirituales de una humanidad amurallada cada día más por los ilimitados, vanidosos e insolentes poderes del estado moderno, de la técnica y de la economía. Y para defender la cultura debe —reiteremos— empuñar la bandera de la libertad. Libertad para que el hombre nuestro no sea víctima de la insaciable voracidad de los poderosos de la política y la violencia; del poder económico y del fanatismo. Libertad, pues, para que los hombres disfruten de la cultura.

El oficio del escritor

Así como hay el oficio o profesión del cerrajero, del peón, del chofer; del médico o del augur y del abogado, hay —y muy independientemente— el oficio o profesión literario. Y qué es el oficio, —métier, para decirlo galicadamente— literario, se preguntan las confusas o atónitas gentes recién llegadas al ilusorio y engañoso mundo de las letras. Acaso es necesario un elemental back-ground para intervenir en la ya larga conversación familiar que a través de los siglos han venido sosteniendo los artistas del lenguaje de todos los espacios geográficos e históricos? Sí que lo es.

Debemos afirmar que sí hay un oficio literario; que es necesario que exista como condición “sine qua non” de la obra de arte; y detenernos a describir sus particularidades determinantes.

Hay animales literarios, seres que hagan ese oficio en las perplejidades de nuestro siglo? Sí, señores, aún los hay. Y si no existieran, podríase hablar de nuevas y contemporáneas obras literarias? Imposible. Y cómo es, entonces, la dinámica del oficio literario? Dejemos que lo diga Kafka: “El arte ha de menester oficio, más que el oficio necesidad del arte”. Porque “Desde el instante en que el escritor escribe, está en la literatura; le es necesario ser artesano, más también esteta, buscador de palabras, buscador de imágenes. Es menester, por lo tanto, creer ante todo en la literatura, creer en la vocación literaria, hacerla existir y por é ello, ser literato hasta el fin”. De suerte, que la literatura exige tanto vocación como entrega, vale decir, oficio. Y desde este ángulo fundamental, débese indagar sobre las nuevas novelas de

reciente aparición en Colombia: son sus autores auténticas gentes de letras, gentes del oficio literario o apenas amateurs, diletantis u ocasionales y oportunistas viajeros por el país de la literatura. Porque no se puede hacer literatura, auténtica literatura, con sólo buenas intenciones o acumulando elementos extraños a ella. Y, es lo cierto, que mucho de coartada, artificio y simulación se encuentra en la mayoría de los nuevos escritores colombianos, sin que aún se descubran las condiciones ínsitas al oficio literario. Y qué decir del abandono, del olvido y ausencia de los deberes del escritor. Pero, —los deberes del escritor!— Qué tierra trémula, qué arena movediza y vacilante!

Literatura responsable

Pero podría decirse por comentadores políticos o sociológicos de la novela, que la literatura no es apenas juego gratuito de elegancias esteticistas, sino esencialmente cartel y compromiso, engagement. Y de esta forma saldrían a salvo, como esplendorosos ejemplos vivientes todos los últimos frutos “novelísticos” que la violencia política y social hizo escribir a los colombianos. Pero no es para tanto, señores de la literatura mal llamada comprometida. No se trata, digamos, de la gratuidad del arte por el arte, del esteticismo y del formalismo por sí mismos, pero sí de la traslación —dentro de la literatura— del índice común de la vida a lo trasendente que es la forma literaria, necesariamente, ineludiblemente literaria. Es decir, “el tránsito de la gratuidad a la responsabilidad, a la literatura responsable que no es en forma alguna literatura puesta sin más al servicio de una causa”, como lo apunta Guillermo de Torre, quien agrega que es más exacto decir literatura responsable en cuanto “la responsabilidad no es sino una manifestación de la facultad de elección que tiene el hombre libre”, al decir de Sartre. Se trata, pues, de que la literatura —con materiales literarios— elija al hombre como blanco de su proyección y trayectoria, y que el escritor de nuestro tiempo— Scholar y escritor literario según Archibald Macleish, o Clerc o escritor secular, que dijo Julien Bendá rinda su testimonio y siembre su verdad en la tierra humana de la existencia. Que los nuevos escritores colombianos lo estén pensando y haciendo así, nos permitimos dudarlo y deplorarlo. Es lo cierto y degradante, que al fin de fines —excepción hecha de los casos salvadores— del ígneo y diabólico cautiverio que acabamos de sufrir, no vamos a cosechar sino novelas, documentos o expedientes políticos, politiqueros por mejor decirlo. Y de tanto esfuerzo y tentativa, sólo frutos estériles, manzanas de discordias, literatura deprimente e ignominiosa, esto es, la novela liberal y la novela conservadora, el alegato rojo o el azul. Se echa así a pique y se dilapida un gran caudal temático en aras del sectarismo y beligerancia políticos. Y se desvirtúa, se desnaturaliza el objetivo bacilar de la literatura. Porque si es cierto que ésta debe ser responsable, es decir, beligerante, militante, agónica, constructiva, no lo es menos que el empeño suicida de bautizarla y signarla con escarapelas partidistas, la destroza y aniquila sus potencias creadoras. Y de esta guisa, la novela que pudo cumplir una honrada labor de justicia y ordenamientos sociales, como reveladora de gran-

des y abismales diferencias económicas, de soterrados vicios y abusos en mora de ser corregidos, pierde su dinámica por vender su alma al diablo de la politiquería. No más, pues, literatura electorera, literatura cortical que apenas si roza con afanes publicitarios la piel tumefacta y el organismo en putrefacción del cuerpo de la patria, pero que no penetra severamente, diganamente la entraña cordial y noble de sus verdaderos problemas. Cómo suenan, entonces, a metal falso, cómo sobran, cómo son alabalorio y bisutería en la formidable novela "El día del odio" de José Antonio Osorio Lizarazo ciertas reminiscencias personales de agrio sabor político y algunas parrafadas que son apenas discursos banderizos. Córtese de un tajo estos tejidos maléficos de la obra de Osorio y téngase, así, algo literariamente colindante con la perfección.

Los valores literarios

Con sólitias brillantez y claridad conceptuales Hernando Téllez se adentra magistralmente a buscar los valores literarios de las obras que llevamos comentadas para concluir que "bajo el impulso de una gran tragedia social nuestra literatura empieza a salir de su letargo... letargo de siglos, en que nuestra literatura ha reflejado, en su conjunto... el espíritu feudal de su clase directora, el mal gusto, la cursilería y el ánimo transaccional y conformista de su clase media;... el vacuo sentimentalismo, la exageración, la ausencia de autenticidad y de estilo que parecen ser patrimonio de las sociedades suramericanas en las cuáles el injerto español determinó el nacimiento de una conciencia colonial y la viciosa proliferación de todos los defectos intelectuales de la raza del Cid y de Don Quijote", por una parte; y por otra, para deslindar con alambradas infranqueables los ámbitos de la novela y del documento, de la obra de arte literario y de la apenas infraliteraria, aliteraria o paraliteraria. Jorge Zalamea, Osorio Lizarazo, Eduardo Caballero Calderón, según la apreciación de Téllez, entran por derecho propio al santoral de los artistas literarios, en tanto que los demás pretendientes ingresan al limbo de lo meramente documental y paraliterario. Puédesse estar en desacuerdo en nombres o detalles acerca de esa clasificación subjetiva, pero en cuanto a lo sustantivo definitorio faltaba éste examen crítico, esta disección analítica; era necesario franquear y superar tanto confusionismo en los géneros. No se puede continuar con tal desorden axiológico en materias literarias, y Téllez ha vuelto por los fueros de la jerarquía y el orden de los valores. Es claro que no se trata de formular una escala dogmática de valores literarios, sino de hacer una labor de limpieza, de oxigenación, y un balance después de la batalla de la creación literaria; y también una tarea de orientación en el nebuloso, incipiente y gelatinoso mundo de nuestra literatura. Porque preguntémosnos, prevenidamente o sin prevención, al final de un riguroso balance crítico, cuál es el saldo favorable que van a aportar a la historia de las letras colombianas los novísimos escritores de novelas en nuestro país. Aportan una nueva concepción de la técnica novelística, acaso? Inauguran un inédito mundo sentimental, social, conceptual, anímico en el desfile de personajes de alto y bajo bordo que han puesto a vi-

vir en sus obras? Acerca de lo primero, necesario es confesarlo, ningún elemento revolucionario, ninguna vena revoltosa ha nacido al pausado, nemoroso cauce del apenas adulto río de la novela colombiana. Desde este punto de vista, seguimos viviendo en la misma paz artificiosa y falsa que en todos los órdenes de la vida colombiana hemos venido vegetando hace ya siglo y medio de independencia política. Respecto de lo segundo, es cierta la consideración ya antes citada y que dice relación al desperezamiento, al despertar de ese letargo apacible y ominoso en que se ha desarrollado la conciencia social de todos los colombianos especialmente de los escritores de novelas y ensayos.

Conviene, pues, no perder las señales y pautas que nos depara la rosa de los vientos de la nueva literatura colombiana, literatura que si bien es cierto parece que sus autores han querido que ella sea hija legítima de la "circunstancia" y la "situación", nacionales —"circunstancia" y "situación", para hablar en términos Orteguianos y Sartreanos— que atravesamos amargamente, despreciablemente, en una época maldita, no lo es menos cierto que es apenas fruto balbuciente, inmaduro cuando no equivocado y exagerado, como interpretación auténtica de esas realidades. Digo esto en términos generales, que hay excelentes obras cuyo carácter excepcional salva para la historia y la literatura colombiana este tramo y lapso de honda angustia patriótica.

Defensa de la literatura

En un libro que no puede ignorarse, "Los irresponsables", Archibald Macleish, planteó hace ya varios lustros, en categóricas, corajudas palabras la misión y el destino del escritor y de la literatura en la batahola de nuestro tiempo. En un libro lúcido que agota el tema y que suscita una gran fe en el destino de la inteligencia. Macleish, dice textualmente: "Ha llegado la hora de desafiar a la voz en grito, irrespetuosamente, a carcajadas a quienes nos dicen que la poesía es "pura". A quienes nos dicen que la poesía es un juego de salón que nada tiene que ver con la vida de los hombres que viven, ni con la miseria de los hambrientos, ni con la política de los ambiciosos, ni con la indignación de los creyentes. A quienes nos dicen que la poesía eterna es la escrita sobre el sentimiento de estar espantosamente solo. A los de los Altos Principios (Los impotentes tienen Altos Principios: los creadores crean). A los del Amor a la Posteridad. (La posteridad es el retoño de los estériles). A los que se refugian en espejos: en casas de campo, y en las habitaciones altas donde se ve el río, y en los cursos de seminarios a las cinco de la tarde. Ha llegado la hora de desafiarlos irrespetuosamente a voz en grito para que salgan de sus palabras y de sus párrafos al aire libre del arte y digan a pleno sol y al viento lo que tengan que decir. De desafiarlos irrespetuosamente a voz en grito a decir cuál es la poesía que corresponde al mundo actual; a leer la poesía de Dante y decir cuál es la poesía que corresponde al mundo actual; a leer la poesía de Shakespeare y decir cuál es la poesía que corresponde al mundo actual; a parangonar sus altos principios con la poesía de Dante y de Shakespeare para que se convenzan de lo pequeña que para el mundo actual resulta su tabla de

medidas. Ha pasado la hora de las defensas y ha llegado la de los desafíos, pues no hay modo de explayar una defensa de la poesía que no se convierta en desafío. No hay modo de preguntar si debemos permitir que la poesía siga existiendo que no se convierta en la pregunta de si la poesía nos permitirá continuar existiendo. Porque la pregunta inteligente y que necesita una respuesta es la segunda, no la primera. La primera es una pregunta para las sociedades de debates en los colegios preparatorios. La segunda es para el hombre mortal. Vivimos en unos tiempos de crisis cuyo cogollo es esa pregunta. Como empezamos a comprender lenta y penosamente, la crisis de nuestro tiempo no es de brazos sino de corazón. Es una crisis de hambre, pero no de hambre creada por ninguna duda sobre nuestra capacidad para alimentarnos. Es una crisis de frío pero no de frío creado por ninguna duda sobre nuestra capacidad para tender un techado sobre nuestras cabezas o para cubrirnos con ropas. Es una crisis material en que ni ahora ni desde el comienzo de estos tiempos ha habido la menor duda sobre nuestra riqueza material. En otras palabras, es una crisis cuya causa yace por entero en el corazón de los hombres”.

Lo que se acaba de transcribir acerca de la poesía, puede extenderse, debe extenderse, a la literatura como género artístico. Y los escritores de la nueva literatura nacional deben meditar seriamente en la dignidad moral de su oficio y destino. Oficio y destino que es cada día más trascendente y difícil y que conlleva entre su sangre la suerte de un pueblo triste, pobre, desnutrido física y espiritualmente, que la tragedia ha hecho digno de mejor suerte y al cual fin nobilísimo deben adherir todos los hombres que escriben y viven en nuestro país la inconmensurable aventura del espíritu.